

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIX JORNADAS

VOLUMEN 15 (2009)

Diego Letzen
Penélope Lodeyro

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Narratividad y Holocausto

Carmen Avendagno y Eduardo Sota†*

En torno a los límites de la representación. el nazismo y la solución final (2007), recoge parcialmente los debates en torno a este tema, llevado a cabo en la Universidad de California en 1990 y compendiados por Saúl Friedlander. Dicho evento no se limitó a la intervención de expertos en la materia ya que en términos de este autor, lo que se pretendía era una reflexión general sobre los límites que plantea su representación, no sólo en el plano epistemológico y metodológico sino también estético e ideológico. Respecto del primer tópico Friedlander aclara que, en parte, su fuente motivacional fue un coloquio del '89 sobre la objetividad en la historia y cuyos contendientes principales fueron White y Guinzburg, debate que se prolonga y amplía en el de Los Ángeles, a propósito de la "solución final", situación ésta que, si bien guarda denominadores comunes con otras tragedias históricas, pone a prueba, sin embargo, "nuestras tradicionales categorías de conceptualización y representación: un "suceso límite" dado por el "intento voluntario, sistemático, industrialmente organizado y ampliamente exitoso de exterminar por completo un grupo humano en el marco de la sociedad occidental del siglo XX" (Friedlander, 2007: 23). La radicalidad de la "novedad" de este fenómeno determina, en parte, una doble opacidad, tanto de los sucesos a él ligados como el lenguaje apropiado para expresarlos. En esta dirección el pensamiento posmoderno impugna todo discurso totalizador de la historia y propicia una multiplicidad de abordajes igualmente válidos.

A estas posiciones problematizadoras y ambiguas de los vínculos entre narración y evidencia histórica, Friedlander contrapone posiciones enérgicas como las de Guinzburg, quien cita a Vidal-Naquet, a propósito de la existencia de cámaras de gas en los campos nazis:

Estaba convencido de que ya había un discurso sobre las cámaras de gas...; pero más allá de eso o antes de eso, seguía habiendo algo irreductible, algo que para bien o para mal yo seguía llamando la realidad". Sin ella, ¿cómo podríamos distinguir entre ficción e historia? (Friedlander, 2007. 31):

Este sumario esboza insinúa la tensión epistemológica planteada en este debate que reproduce, de manera particular y refinada, antagonismos larvados en la historiografía en torno a la naturaleza del relato y el valor de la prueba.

No menos relevante, aunque un tanto distante del foco de nuestro presente interés, fue la controversia ideológica acerca del desafío crucial puesto en juego, por parte del nazismo, de la presunta racionalidad occidental de procedencia ilustrada. La versión "cuasi-oficial", al respecto, es la de impronta habermasiana que concibe al nazismo como un "camino especial" (Sonderweg) o desvío de la tradición liberal inaugurada por el Iluminismo, posición criticada tanto desde la derecha -dirigidas a cuestionar la singularidad de los crímenes en cuestión y a destacar su equiparamiento con otros sucesos análogos- como desde la izquierda, que evalúa al nazismo como una expresión particularmente exacerbada de un sistema más general como el capitalismo;

* UNC

† UNC

la tercera crítica muestra un hondo escepticismo, ya no respecto al significado que le podamos atribuir al nazismo sino a las promesas de un progresivo desarrollo de la racionalidad en tanto pauta programática de la “Dialéctica del Iluminismo”. Por último, el tercer tópico aborda los problemas derivados de la “representación estética de la Shoá hasta las complejidades de la apropiación y la mala apropiación de ese tipo de arte y literatura, y al cabo, hasta algunas afirmaciones generales sobre la Shoá, su recuerdo, y su lugar en la conciencia actual” (Friedlander, 2007:39)

Ahora bien, nuestro trabajo se dirige a examinar la confrontación en derredor de los supuestos historiográficos que subyacen a la posibilidad de una representación del fenómeno en cuestión y las implicancias de las posibles maneras de caracterizar dicha noción de representación; en particular, nos concentraremos en la ponencia y el marco presupuesto de Hayden White y en algunas réplicas de determinados autores para finalmente, esbozar nuestro propio balance. Para el autor citado, el “sentido común” de la explicación histórica dirigida a los fenómenos históricos incluye los supuestos de que la narración es un contendor neutral de datos del pasado y que los sucesos históricos expresan un conjunto de relatos “reales” que la sola identificación de evidencias logrará revelar su verdad y determinar el asentimiento del lector. Sin embargo, y en contraste, él considera que el relato pertenece al orden del discurso y, por ende, son entidades lingüísticas por lo que las descripciones narrativas no se limitan exclusivamente en “afirmaciones objetivas (proposiciones singulares de existencia) y argumentaciones: también contienen elementos poéticos y retóricos, mediante los cuales aquello que podría ser una mera lista de hechos termina siendo un relato” (White, 2007: 70)¹. Esta distinción conlleva, naturalmente, a que él mismo se pregunte si la naturaleza del nazismo y la solución final fija límites definidos a lo que puede decirse verazmente acerca de ellos; que el conflicto entre “relatos posibles” tiene menos que ver con los hechos en cuestión que con los diversos sentidos narrativos que el entramado pueda conferir a esos hechos.

Nuestra exposición girará –respecto del autor en cuestión–, primero, en algunas de sus tesis sustantivas en orden a su manera de concebir la historia y, segundo, sus compromisos científicos respecto de los alcances de la posible representación del Holocausto.

En su obra liminar, *Metahistoria*, White caracteriza los diversos niveles de trama, argumentación y de implicación ideológica por los cuales un estilo historiográfico determinado resultará de la particular combinación de tales niveles, aunque el mismo no sea absolutamente arbitrario sino sujeto a determinadas afinidades electivas basadas en homologías estructurales entre los niveles citados. Excluyendo tanto la arbitrariedad como la necesidad, estas afinidades nos proporcionan una visión coherente del campo histórico, coherencia y consistencia que está dada, sin embargo, por su base de naturaleza poética y específicamente lingüística. Previo a la aplicación de las categorías conceptuales a los datos, el historiador tiene que prefigurar el campo, constituirlo como objeto de percepción mental, por lo cual también tendrá que construir su propio protocolo lingüístico con el cual caracterizar el campo en sus propios términos:

Para figurarse ‘lo que realmente ocurrió’ en el pasado, el historiador tiene que prefigurar como posible objeto de conocimiento todo el conjunto de sucesos registrados en los documentos.

Este acto prefigurativo es poético en la medida en que es precognocitivo y precrítico en la economía de la propia conciencia del historiador” (White, 2001: 40)

Así, las estrategias explicativas en la historia -fruto de la imaginación- no son, sin embargo infinitas, sino que se reducen a cuatro estrategias principales, correspondientes a determinados tropos del lenguaje poético: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía, los cuales permiten la caracterización de objetos en distintos tipos de discursos; estos tropos se pueden concebir como paradigmas proporcionados por el lenguaje mismo.

Bajo este esbozo de su arquitectura conceptual, ahondaremos en la estructura íntima de lo que supone el entramado del narrativismo. En *Las ficciones de la representación fáctica*, el autor instala como propósito de su indagación trazar el grado en que se superponen el discurso del historiador y el del escritor de ficción ya que, a pesar de que puedan estar interesados en relevar distintas clases de hechos, tanto las formas de sus respectivos discursos como sus objetivos escriturales son, frecuentemente, semejantes, por ejemplo, proveernos una imagen verbal de la “realidad”. Sucintamente, la tesis que pretende justificar es que la “historia no es menos una forma de ficción que la novela es una forma de representación histórica”. La actual oposición entre historia y ficción se remonta al siglo XIX. Anteriormente la historiografía otorgaba carta de ciudadanía legítima a las técnicas ficticias de las representaciones de hechos reales en el discurso histórico y éste debía ser evaluado tanto por criterios literarios como científicos: “aquí la oposición crucial residía entre “verdad” y “error” más que entre realidad y fantasía, entendiéndose que muchas clases de verdad, aún en historia, pueden ser presentada al lector sólo por medio de técnicas ficcionales de representación” (1998: 2). Las técnicas retóricas empleadas eran indistinguibles de las de la poesía en general. La verdad se ubicaba en la intersección del marco conceptual y la realidad y en su representación intervenía la imaginación no menos que la razón. La contraposición fáctico/ficticio emerge en el siglo XIX y de la misma deriva la identificación de la verdad con los hechos, materia de la historia, por una parte, y de otra, la ficción abordable por la novela. Lejos de asumir esta dicotomía, el autor destaca el carácter cuasi-imposicional de la narrativa por parte del historiador, por el cual si bien concede el carácter neutral del acontecimiento, el que encuentre su lugar en un relato trágico o cómico “depende de la decisión del historiador de configurarlos de acuerdo con los imperativos de determinada estructura de trama, o *mythos*, en lugar de otra (2003: 113)

Bajo estos presupuestos historiográficos no es sorprendente que en su introducción a la ponencia del coloquio de Los Ángeles formulara lo que sería el corolario obvio de aquellos; el énfasis de que en toda representación histórica hay una inexcusable relatividad dada por la circunstancia del uso mismo del lenguaje empleado para describir. En relación a la solución final, se plantea la cuestión del “entramado histórico” apropiado a propósito del nazismo; en términos de su incisiva pregunta: “¿Se puede entramar responsablemente estos acontecimientos con algunos de los modos, símbolos, tipos de trama y géneros con los que nuestra cultura cuenta para ‘darle sentido’ a hechos tan extremos del pasado” (2007: 70). O, por el contrario, ¿los hechos acaecidos exigen una trama única y excluyente? Concisamente, el planteo de la ‘solución final’ impone límites infranqueables a las estrategias retóricas de la ficción, provocando un problema inquietante al narrativismo y esto es, desde este enfoque, lo que convierte al Holocausto un ‘caso límite’.

A este propósito, White trae a colación la observación de Friedlander acerca de la convergencia de cuestiones epistemológicas relativas a la 'verdad' de los entramados históricos y cuestiones éticas acerca de si hay límites en cuanto a la aceptabilidad de todo relato posible. Esta convergencia colapsa en una indistinción si tenemos presente el desplome de la distinción hecho-valor y su reemplazo por lo que Putnam denomina "la imbricación entre hecho y valor" (2004). Si bien sigue siendo plausible la distinción la distinción con fines analíticos, ambos términos se fusionan, tanto en el lenguaje ordinario como en el científico social. Esta circunstancia adopta dramaticidad para los hechos históricos en cuestión en tanto no se trata solamente de que una narrativa haga justicia a los 'hechos' de referencia sino también no provoquen revulsión moral en los lectores y/o auditorio. Desde la dimensión epistemológica, para White los 'relatos posibles' incluyen elementos objetivos (afirmaciones singulares de existencia) y argumentaciones, pero se constituyen finalmente en relatos en la medida que son integrables en patrones genéricos que proporcionan las 'tramas' atravesadas de elementos poéticos y retóricos. Así, una narración puede representar un conjunto de acontecimientos bajo la forma de un relato épico mientras que otra puede representar ese mismo conjunto como si fuera una farsa.

Es en este punto que el tema del Coloquio rebota sobre la plausibilidad y alcance del narrativismo: "¿podemos decir que ciertos conjuntos de sucesos reales son intrínsecamente trágicos o cómicos en función de su exactitud objetiva?" ¿O es que todo depende de la perspectiva desde la que se ven los sucesos?" (ibid: 71) La respuesta habitual y más frecuente por parte de los historiadores la encuentra White en la discriminación de un conjunto de hechos, por una parte, y la aplicación a posteriori de una interpretación. Así, por ejemplo, uno puede interpretar determinados 'hechos' como una comedia mientras otros como una farsa. Pero, una vez más, para White esta distinción entre hechos e interpretaciones "no nos ayuda cuando se trata de interpretaciones generadas por los modos de entramado con los que se representan hechos con la forma y el sentido propios de diversos tipos de relatos" (ibid: 71).

Estas consideraciones desarrolladas hasta aquí, son suficientes para abordar la época nazi y señalar los criterios del autor en torno de la exclusión de entramados inaceptables, en el marco de los relatos posibles. Para sorpresa de determinados críticos, White no duda en afirmar que los hechos en cuestión ponen límites a los tipos de relatos que se pueden narrar correctamente (en los dos sentidos de veraz y correctamente) si creemos que los sucesos en sí poseen una forma de 'relato' y el sentido de una 'trama'. Esta referencia a los hechos determina desechar un relato 'cómico' o 'pastoral' entre los relatos posibles. Sin embargo, el giro narrativista se revela en que tal exclusión es posible, si tales relatos pretenden ser una representación literal y no figurativa de lo ocurrido. Si, en cambio, el relato fuera una representación figurativa el problema de su veracidad, estaría supeditado a los mismos principios que rigen nuestra valoración de la verdad de las ficciones. En este contexto narrativo, es posible establecer comparaciones entre las narraciones en tanto ellas siempre están entramadas y, desde esta perspectiva, sería posible descartar justificadamente un entramado 'cómico' apelando a los 'hechos' pero no así —o no necesariamente— a un relato irónico que fuese un comentario metacrítico, no de los hechos si no de las versiones de los hechos entramados en forma cómica o pastoral. Aquí no valdría el criterio de infidelidad de los hechos puesto que el propósito es burlarse de las citadas narraciones.

Suspendamos sin embargo provisoriamente a White para dar lugar a algunas críticas. Las mismas se concentran preferentemente en la defensa de la objetividad y veracidad de la historia como así también en el valor de la evidencia frente a los peligros de los márgenes de indeterminación y relativismo de la que es portadora, presuntamente, la historiografía de White.

De todos modos, quien nos atrae la atención ahora es un autor que expresa una clara contraposición al narrativismo y sin embargo, es una fuente de sugerencia para el mismo White. En efecto, Lang se opone a cualquier uso del genocidio como tema de escritos ficcionales o poéticos. Para Lang sólo la crónica literal de los hechos está cerca de pasar la prueba de autenticidad con la que hay que juzgar las descripciones del evento, tanto las literarias como las científicas: hay que contar sólo los hechos pues de otra forma se recae en el discurso figurativo y la estilización (esteticismo), todo lo cual deriva, para este autor, en una contraposición radical entre discurso literal y discurso figurativo. En particular, el Holocausto, además de ser un suceso real es un suceso literal, un tipo de acontecimiento sobre el que podemos hablar exclusivamente de manera literal por lo cual se desaconseja el empleo del discurso figurativo por sus efectos distorsivos. Hasta aquí basta para apreciar un inequívoco contraste y planteo alternativo respecto de las tesis sustanciales de White pero, sugestivamente, un planteo del propio Lang tenderá puentes entre ambos autores. En efecto, este autor señala que, lo que alguien escribe sobre el Holocausto, necesita una cierta actitud o postura que no es subjetiva ni objetiva, para esto invoca el concepto de "escritura intransitiva" de Barthes, este es el tipo de discurso apropiado para discutir las cuestiones teóricas para reflexionar sobre el Holocausto. En esta escritura el autor no escribe para dar acceso a algo que es independiente tanto del autor mismo como del lector, sino que se 'escribe a sí mismo':

En la visión tradicional [de la escritura], se piensa que el escritor primero mira un objeto con ojos ya expectantes y estructurados, y luego de haber mirado, representa lo que vio en su propia escritura. Para el escritor que se escribe a sí mismo, en cambio, el hecho de escribir se vuelve en sí el medio del mirar y del comprender, no un espejo de algo autónomo, sino un acto y un compromiso, una actividad y una acción antes que un reflejo o una descripción (Lang, *Act and Idea*, citado por White, 2007, pág. 83)

Y este es el tipo de discurso (intransitivo) recomendado por Lang para aquellos individuos judíos que deberían contar el relato del genocidio como si lo hubieran vivido, en un ejercicio de identificación especialmente judío por naturaleza. Esta disolución de la distancia es la que hace que esta escritura pueda servir de modelo para toda representación del Holocausto. En sintonía con este planteo, White suscribe el planteo de que esta escritura podría resolver mucho de los problemas que plantea la representación del acontecimiento en cuestión. Sin embargo, advierte al mismo tiempo los compromisos narrativos que guarda esta escritura ya que Barthes mismo lo utilizó para caracterizar las diferencias entre el estilo dominante de la escritura modernista y el del realismo clásico. Dicho autor se plantea los diversos tipos de relación que un sujeto guarda con la acción. Al respecto, las lenguas indoeuropeas ofrecen dos posibilidades para expresar dicha relación, las voces activa y pasiva, mientras que otras lenguas ofrecen otras posibilidades que es la 'voz media'. Tanto en la voz activa como en la pasiva se supone que el sujeto del verbo es externo a la acción mientras que en la voz media se supone que es interno a la acción, situación ilustrada por las acciones 'performativas', tales como las de hacer una promesa o un

juramento. En acciones como esta, el uso de la voz media permite anular la idea de que el sujeto esté dividido en dos, o sea, en un actuante que formula el juramento y alguien que lo 'recibe'. Esta no es sólo una de las tantas diferencias que distinguen a la escritura modernista de su contraparte realista sino que expresa una nueva forma de imaginar y conceptualizar las relaciones entre actuantes y acciones y, por ende, entre el discurso fáctico y el ficcional. Lo que el modernismo subvierte es un orden de experiencias expresados mediante los tipos de oposiciones que incurrimos –hecho y ficción, historia y mito, etc.- en cualquier versión del realismo. La objeción es que el empleo de este vocabulario no hace justicia a algunas experiencias del mundo; tal vocabulario polar es un legado de la cultura 'realista' y sus nociones características, tales como las de representación y conocimiento.

El punto crucial, para White, es que los problemas suscitados por la representación del Holocausto, se vinculan a un realismo inadecuado para expresar fenómenos que son en sí de carácter 'modernistas'. Es que el realismo es el empeño por representar la realidad 'realísticamente', entendiéndose realidad por historia.

En el modernismo, las concepciones de la historia y de realismo han cambiado, ya que el orden social, que es el sujeto de esa historia, ha padecido una transformación radical al punto que cristalizaron las formas totalitarias expandidas en el siglo XX. En este sentido, el modernismo cultural inscribe el Holocausto en un conjunto de "acontecimiento –como las dos guerras mundiales, la pobreza y el hambre nunca antes experimentados, etc.- [que] funcionan en la conciencia de ciertos grupos sociales exactamente como se concibe que los traumas infantiles funcionan en la psique de los individuos neuróticos" (2003: 224). Todo ello supone una creciente conciencia de la incapacidad de describirla con las categorías tradicionales. Por el contrario, los modos de expresión modernista son los que proporcionan posibilidades de representar la realidad del Holocausto mediante una clase de escritura modernista que se expresa en la voz media.

Veamos algunas conclusiones provisorias que querríamos destacar. En primer lugar, y frente a la pregunta inicial de nuestro trabajo acerca de la posibilidad de representar estos acontecimientos, White da una respuesta positiva frente a una larga lista de autores que militan en la vereda opuesta. Entre estos cabe señalar a Hillgruber para quien el Holocausto es irrepresentable en el lenguaje; a Steiner, para el cual está fuera del discurso y de la razón; y a Eckardt, para quien no se puede hablar de lo inefable. Por una parte, para White, el Holocausto no es un fenómeno exclusivo, sino que se suma a aquellos que conforman el repertorio del modernismo y, por otra, es susceptible de representación.

En segundo lugar, la representación no supone ni requiere necesariamente un 'consenso' determinado por el cúmulo evidencial o, por una razón comunicativa habermasiana. En todo caso, la moraleja whiteana es menos la de un relativismo discursivo que la de una indeterminación lingüística en cuanto a los recursos expresivos más aptos para determinados propósitos. Es la naturaleza de los acontecimientos en cuestión la que demanda técnicas de representación adecuadas, lo cual indica que se trata menos de un problema de método que de "representación y que ese problema, el de representar los acontecimientos del Holocausto, requiere para su resolución la explotación completa de las técnicas artísticas tanto modernistas como premodernistas" (2003: 244)

Parafraseando a Ricoeur (2001), no estamos condenados a suscribir a una sola representación (dogmatismo) ni cualquier representación (escepticismo) pero sí a una pluralidad de representaciones.

Nota

¹ El texto de White en cuestión –incluido en la compilación de Friedlander– es *El entramado histórico y el problema de la verdad* traducido anteriormente como *La trama histórica y el problema de la verdad en la representación histórica* recopilado en *El texto histórico como artefacto literario* (1992).

Bibliografía

- Friedlander, S. (comp.) (2007) *En torno a los límites de la representación. El nazismo y la solución final*. Univ. Nac. de Quilmes, Pcia de Bs. As.
- Putnam, H. (2004) *El desplome de la dicotomía hecho-valor*, Paidós, Bs. As.
- White, H (1992) *El texto histórico como artefacto literario*, Paidós, Bs. As.
- White, H (1998) “Las ficciones de la representación fáctica”, en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, The John Hopkins University Press, Baltimore & London, 1985. Traducción Faliere & Bouvet, UNR, Rosario
- White, H (2001) *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, FCE, Méjico.
- White, H (2003) *El texto histórico como artefacto literario*, Paidós, Bs. As.